

LA NUEVA
AURORA DE CHILE
¡LUCE BEET POPULOS, SOMINOS EXPELLAT, ET UMBRAS!

GACETA DIGITAL DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

Número 25 - Julio-Agosto-Septiembre 2013

NÚMERO DEDICADO
AL MES DE
LA PATRIA Y A
LAS GLORIAS
DEL EJÉRCITO
DE CHILE



Monumento del General Manuel Bulnes en Santiago, héroe de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.



Cáliz con las cenizas de los Héroes de la Toma del Morro de Arica, 7 de junio de 1880

Gaceta digital "LA NUEVA AURORA DE CHILE": Representante legal: Ana María Ried Undurraga - Director: Emilio Alemparte Pino

Sub-Director Editorial: Criss Salazar Naudón - Blog gaceta: www.lanuevaaurora.blogspot.com

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA: Website: www.jmcarrera.cl

Av. Francisco Bilbao 4509, La Reina, Santiago de Chile - Fono: (56-2) 277 5730 - E-mail: institutojmcarrera@yahoo.es

EL 18 DE SEPTIEMBRE

Por Emilio Alemparte

Al iniciarse el mes de Septiembre, cuando ya el invierno se bate en retirada y se asoma el renacer de la naturaleza saliendo de su frío letargo, llega también un sentimiento de alegría y esperanza.

El chileno se despereza y la adusta seriedad va siendo reemplazada por rostros más amables, más risueños y más optimistas. Todo parece contribuir para celebrar en grande, un aniversario mas de la Patria Chilena; aquella bella y digna señora que cobija amorosa a sus hijos y que recibe hospitalaria a aquellos que no lo son.

Ha llegado la hora de festejarla y de agradecer a esa madre tierna y generosa. El pueblo se vierte a las calles, las tiendas se repletan... ¡hay que engalanarse para celebrarlo como corresponde, pues!

Es el momento de bailar en las ramadas, donde aún se escuchan algunas cuecas y tonadas; tomar la chicha fuerte y curadora, comer las ricas empanadas de horno y los sabrosos asados con pebre, pan amasado y vino tinto. ¡Qué lástima que ya se hayan olvidado de los ricos peques!

Pero tampoco dejamos de dar las gracias al Creador por habernos entregado tan hermosa y generosa tierra de libertad y abundancia. Ese mismo día 18 en la mañana, se celebra el solemne acto de acción de gracia por habernos entregado todo lo que hoy tenemos y que hemos gozado por mas de doscientos años; siguiendo la tradición de aquel primer Tedeum celebrado el 30 de Septiembre de 1812, bajo el gobierno de don José Miguel Carrera.

Encabezados por el Presidente de la República, sus Ministros asisten en pleno a esta ceremonia

ecuménica; así como también rinden homenaje los Poderes Legislativo y Judicial; el cuerpo diplomático; las autoridades civiles, militares y religiosas; y el público en general, que se agolpa en el exterior de la iglesia Catedral y a lo largo de las calles engalanadas con la Estrella Solitaria, para observar a los dignatarios y admirar la gallardía de las tropas formadas para rendir los honores de rigor al paso del Jefe del Estado chileno.

Ceremonias similares se celebran en todas las ciudades y rincones de nuestro país; después de las cuales, la ciudadanía se vierte a celebrar un nuevo cumpleaños de la Patria. Las fondas y ramadas se repletan y explotan con la alegría de familias enteras que concurren a los parques a festejar, los cielos se cubren de volantines multicolores que se mecen suavemente al compás de las brisas primaverales, manejados por las diestras manos de niños y adultos.

Los huasos demuestran airosos su destreza en el manejo de riendas, haciendo caracolear sus cabalgaduras; también en las carreras “a la chilena” y en las “medias lunas” de campos, pueblos y ciudades; guiando y atajando a las reses con sus hermosos y bien entrenados caballos de pura raza criolla. Es el famoso “Rodeo”, cuyo origen se pierde en los albores de nuestras tradiciones centenarias.

En todo se respira el aroma de las fresias, las violetas y los árboles en flor. Es un ambiente multicolor y multifacético que se siente en el alma, que lo trasciende todo, que renueva las esperanzas y que envuelve por igual a hombres, mujeres y niños; con la alegría y el orgullo de ser chilenos.

¡Chile entero está de fiesta!... ¡Viva Chile!



Fiestas Patrias en la Alameda de las Delicias, hacia 1860, en ilustración de Paul Treutler publicada en Leipzig.

EL 19 DE SEPTIEMBRE (Reminiscencias de un niño que fue)

Por Emilio Alemparte

En esa fecha, mis amigos y yo nos levantábamos muy temprano. Todos éramos vecinos del barrio cercano a la Plaza Bulnes e íbamos a los mismos colegios de esa vecindad.

¡Había llegado el día esperado!

Esa tarde se realizaba la Gran Parada Militar en el entonces llamado Parque Cousiño, ahora Parque O'Higgins. Algunas veces, por intermedio de parientes o amigos de la familia, lográbamos obtener entradas

para presenciar el evento desde las tribunas, pero si no, igual podíamos “colarnos” por las tribunas populares de madera, ubicadas a los costados Norte y Sur de la principal.

El Escalón Naval llegaba a la estación Mapocho en trenes especiales, a las 10 de la mañana en punto. Después de formarse las tropas, rompían las bandas de las diferentes unidades y se iniciaba el desfile hacia la Alameda; razón por la cual, el grupo de amigos nos dirigíamos muy temprano a las calles Bandera con

Moneda (esquina norponiente) donde se encontraba la sede del “Caleuche” (1) y donde sabíamos, estaría el Comandante en Jefe de la Armada y su Estado Mayor, observando el paso de sus marinos.

Estos, encabezados por la Escuela Naval, rendían honores desfilando con paso regular. Nosotros contemplábamos en primera fila el desfile, detrás de los cordones de Carabineros, tratando de ubicar a los conocidos que normalmente, eran los hermanos mayores de algunos de mis amigos o vecinos del barrio, y juntos soñábamos con llegar algún día a vestir aquel elegante y prestigioso uniforme.

El desfile seguía por la Alameda hasta que, con un impecable giro a la izquierda, proseguía por la calle Dieciocho hasta llegar a la avenida Blanco Encalada, donde se encontraba la antigua y hermosa casona de la Escuela Militar, hogar de las míticas Cien Águilas; hoy convertida en Museo Militar.

Los cadetes navales eran esperados por sus camaradas,

los cadetes militares en correcta formación, luciendo el hermoso uniforme prusiano de Parada; la banda con sus vistosos penachos rojos y las compañías de alumnos y los oficiales, con sus immaculados penachos blancos. Ahí permanecían en atención, frente a frente, esas dos Escuelas... ¡esas dos cunas de héroes sublimes!

Rompía entonces la banda de guerra e instrumental de los anfitriones, tocando el Himno de la Escuela Naval, el que era coreado por todos sus cadetes. Terminado este acto, correspondía a los navales hacer lo mismo y cantar el Himno de la Escuela Militar.

Luego, de estos saludos, los estandartes de ambas instituciones, con sus respectivas escoltas, se dirigían a paso regular a guardar las sagradas enseñas patrias. Acto seguido, los cadetes armaban “pabellones” y rompían filas para reunirse brevemente con sus familiares, amigos, y también con sus “pololitas” que esperaban ansiosas y emocionadas ese momento.

Es interesante comentar que conocí varios casos en



que dos hermanos que pertenecían, uno a la Escuela Militar y el otro a la Naval, se reunían en esa ocasión y se saludaban con un seco saludo militar y luego, con un cariñoso apretón de manos; pero guardando siempre la sobria compostura que les imponía el uniforme que vestían con tanto orgullo.

Es lamentable que esta tradicional y significativa ceremonia, que unía fraternalmente a ambas instituciones, haya quedado perdida en las brumas del tiempo desde que se construyó el nuevo edificio de la Escuela Militar, en la Av. Apoquindo.

Después de este corto intervalo, los cadetes militares, que ya había almorzado, partían en correcta formación a la elipse del Parque, a esperar la llegada de las autoridades, mientras los navales pasaban a los comedores a disfrutar de una reparadora merienda para luego, un corto tiempo después, seguir los pasos de sus hermanos militares.

El Presidente, casi siempre llegaba puntualmente al parque a las tres de la tarde y, esa espera de más de dos horas en formación de descanso, se efectuaba estoicamente bajo un sol abrasador. o bajo las inclemencias de una copiosa y fría lluvia que empapaba los uniformes y entumía los jóvenes cuerpos.

En esa época, la elipse del parque no estaba pavimentada, tal como lo está ahora. Al paso de las tropas, se levantaba una enorme polvareda y cada cierto tiempo, pasaban camiones aljibes rociando la tierra con agua para evitar que tanto espectadores como participantes, quedaran cubiertos de polvo.



Tanque desfilando en el Parque Cousiño en 1945 en fotografía de Miguel Rubio, actualmente en los archivos del Museo Histórico Nacional.

Por el contrario, cuando tocaba un día de lluvia, el paso regular de las formaciones iba reblandeciendo y ahondando el espeso barro. Los inmaculadamente blancos pantalones de parada, quedaban cubiertos del viscoso elemento hasta mas arriba de las rodillas y aun así, la presentación era impecable; muy elogiada por las autoridades y ovacionada por el público que repletaba el parque bajo el abrigo de la marquesina, o de un bosque de paraguas.

¡Así se formaron nuestras Fuerzas Armadas; como hijos del rigor, la estricta disciplina y el patriotismo!

- (1) *Centro de Ex Cadetes y Oficiales de la Armada, local incendiado pocos años después y lugar que hoy ocupa el moderno edificio de un banco. El "Caleuche" se trasladó posteriormente a la calle MacIver; casi frente a la Basílica de La Merced, por donde desfilaron de ahí en adelante, los marinos de Chile. Actualmente, la sede de este club se encuentra en la Avenida Pedro de Valdivia; pero ante el ya no desfila el Escalón Naval completo, solo lo hace la Escuela Naval. ¡Otra tradición que se perdió en el tiempo y cedió el paso a la práctica modernidad!*

EL EJÉRCITO DE CHILE EN EL DÍA DE SUS GLORIAS

Por Emilio Alemparte

Para salvar la honra de Esparta, Leonidas, el año 480 AC, contesta a Jerjes, el emperador de los persas:

“Prefiero morir por mi patria, a sojuzgarla”

Por fin, habiendo descubierto los Persas una senda a través de los cerros, despidió Leonidas a sus aliados y sucumbió con sus espartanos, combatiendo con todo valor.

Batalla de Las Termópilas (1)

Dos mil trescientos sesenta y dos años después, un oficial del ejército chileno, responde así a los enemigos que lo rodean:

“En la capital de Chile, y en uno de los principales paseos públicos, existe inmortalizada en bronce la estatua del prócer de nuestra Independencia, general don José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por mis venas; por cuya razón comprenderá usted que; ni como chileno ni como descendiente de aquel, deben intimidarme ni el número de sus tropas, ni las amenazas del rigor”.

“Dios guarde a Usted

Ignacio Carrera Pinto”

(1) Nicanor Molinare. Testimonio publicado en 1912. *El Combate de La Concepción. Transcripción de Mauricio Pelayo González y Rafael Mellafe Maturana. Según relata la Historia, en esta épica batalla, ocurrida en el desfiladero de las Termópilas, se enfrentaron 300 ciudadanos de Esparta, contra todo el ejército persa, compuesto por miles de guerreros; presentando una resistencia titánica de muchas horas y cayendo en el proceso, uno a uno, todos los defensores.*

¡Siempre vencedor,...jamás vencido!

INTRODUCCIÓN

Alrededor de las 14:00 horas del domingo 9 de Julio de 1882, se presentó en la plaza de La Concepción, pueblo de unos 2000 habitantes situado en la sierra central peruana; un oficial de esa nacionalidad quien, frenando su cabalgadura en la puerta del cuartel de la guarnición chilena, pidió hablar con el jefe de aquel destacamento.

El teniente Ignacio Carrera Pinto, que recién llegaba de almorzar junto con los subtenientes Arturo Pérez Canto y Luís Cruz Martínez, le respondió que él era aquel. Acto seguido, el peruano desmontó y entregó a Carrera una nota que enviaba su superior, el coronel Juan Gastó, comandante de la División Vanguardia del ejército del general Cáceres; en la que se intimaba la rendición incondicional de la guarnición chilena, so pena de aplicarles todos los rigores de la guerra. Ante esta conminación, y usando el reverso de la misma nota, Carrera escribió sin vacilar, el texto que encabeza este escrito.

La pequeña fuerza chilena estaba compuesta por la 4ª compañía del regimiento Chacabuco, dotación que se encontraba reducida a 76 hombres, incluyendo a los cuatro oficiales que los comandaban, mas un soldado del regimiento Lautaro. Diez de estos efectivos se hallaban convaleciendo de diversas enfermedades. Uno de ellos, era el subteniente Julio Montt Salamanca, de 19 años de edad, quien se encontraba afectado por un severo caso de tifus.

La División Vanguardia estaba compuesta por los batallones “Libres de Ayacucho” (300 plazas), “Pucará” (300 plazas); Montoneros de los coroneles Carvajal, Lago y Salazar (1000 plazas); mas un número de indios



serranos estimado en alrededor de 2000 hombres; lo que arroja un total de 3600 combatientes peruanos, contra 77 guerreros chilenos.

Después de 22 horas de combate incesante, alrededor de las 11 horas de la mañana del día siguiente y agrupados entre las ruinas del pórtico del cuartel que había sido incendiado durante la noche; se erguían los sobrevivientes chilenos bajo las órdenes del subteniente de 18 años, Luís Cruz Martínez, junto al sargento Manuel Jesús Silva y otros 3 valientes; todo lo que quedaba de ese puñado de héroes. Las municiones se habían agotado durante la noche y la única arma que poseían en ese momento, eran sus bayonetas y el enorme coraje de sus nobles corazones.

Al intimárseles nuevamente la rendición, el oficial respondió:

¡Un chileno no se rinde!... ¡Viva Chile!

Volviéndose a sus hombres, ordenó:

¡Cuarta compañía del Chacabuco!... ¡A la carga!

Esos cinco leones chocaron como un ariete contra la masa enemiga, rompiendo las primeras filas y dejando tras de sí un surco sangriento, pero siendo pronto rodeados y masacrados por una indiana sedienta de venganza.

En menos de un día de lucha, la división Vanguardia del ejército de Cáceres, había perdido más de la cuarta parte de sus efectivos, combatiendo contra 77 defensores chilenos.

No es difícil comparar la Homérica gesta del general Leonidas y sus 300 espartanos, con la épica resistencia presentada en La Concepción por ese puñado de héroes.

Cuadro de Ignacio Carrera Pinto, realizado por el pintor chileno avencindado en España don Guillermo Santana.



¿Quién fue aquel Leonidas chileno?

Su nombre, enmarcado en laureles de oro, es **Ignacio Carrera Pinto**, quien murió sin saber que un mes antes, había sido ascendido al grado de capitán.

EL CAPITÁN DON IGNACIO CARRERA PINTO

I - SU INFANCIA Y ENTORNO FAMILIAR

Ignacio fue el cuarto de los ocho hijos nacidos en el matrimonio de don José Miguel Carrera Fontecilla y de doña Emilia Pinto Benavente.

Su abuelo paterno fue el prócer de la Independencia, general don José Miguel Carrera Verdugo. Por el lado materno, su tío abuelo fue el general y Presidente de la República, don Francisco Antonio Pinto Díaz, padre de don Aníbal Pinto Garmandia, quien ocuparía la Primera Magistratura de Chile y que en 1879, le correspondería firmar la declaración de guerra contra Bolivia y Perú.

Ignacio vio por primera vez la luz en el hogar paterno, ubicado en la calle Lira No. 65 de Santiago, un 5 de Febrero de 1848; siendo bautizado como Ignacio José, el día 8 del mismo mes, en la parroquia de San Isidro Labrador, por el cura párroco Blas de Reyes.

Fueron sus padrinos don Ramón Lira Calvo (1) y su esposa doña Josefa Carrera Fontecilla (2), quienes tendrían una gran influencia en la niñez de su ahijado.

Su padre, agricultor, alternaba la atención de la chacra El Carmen y de la hacienda Las Palmas en Valparaíso; pero además, intervenía en política junto a su gran amigo, Benjamín Vicuña Mackenna, ambos del partido “Pipiolo” y en abierta oposición al gobierno conservador del Presidente Manuel Bulnes quien, estando por concluir su decenio, intentaba imponer a otro conservador, don Manuel Montt, como el próximo Presidente de la República.

El 20 de Abril de 1851, se produjo un motín militar encabezado por el coronel Pedro Urriola, en el que participaron activamente ambos amigos. Muerto

Urriola en la refriega con las tropas leales al gobierno, la asonada fue sofocada y tanto Carrera como Vicuña Mackenna fueron arrestados y sometidos a juicio. Después de dos meses de cárcel, juntos lograron escapar y asilarse en el Perú.

Ignacio tenía solo tres años cuando él y su familia se vieron privados de la protección paterna. De ahí en adelante, el apoyo de sus parientes vino a suplir las carencias provocadas por el infortunio de un padre ausente. Para nuestro héroe en particular, el apoyo de su padrino, don Ramón Lira, fue de vital importancia.

La familia se trasladó a una chacra en Peñaflor, de propiedad de doña Javiera Carrera, su tía abuela, y en ese ambiente agrícola, Ignacio pasó su tierna infancia y se convirtió en un eximio jinete, que galopaba por los campos sin montura, libre y feliz.

Según cita el historiador Manuel Reyno (3), doña Javiera comentaba sobre Ignacio, su sobrino nieto: *“Su temperamento inquieto, decidido y audaz, lo hacía parecer a su abuelo, el general Carrera”*.

En Marzo de 1860, su padrino, don Ramón Lira, matricula a Ignacio, de doce años de edad, en el Instituto Nacional como alumno interno; colegio fundado por su abuelo José Miguel en 1813. El muchacho no sobresalió entre sus compañeros por la excelencia de sus notas, pero tampoco tuvo que repetir algún curso. Actualmente, este prestigioso colegio conserva la historia académica de cientos de hombres destacados que han pasado por sus aulas y, entre ellas, está la de Carrera Pinto.

Ese mismo año, su padre fallece repentinamente en su exilio de Lima, donde debió refugiarse por segunda vez al fracasar la revolución pipiolo de 1859, en la cual tomó parte activa y preponderante, siendo condenado a muerte en ausencia, junto con su amigo Vicuña Mackenna y otros cabecillas revolucionarios.

Ante este sensible acontecimiento, la familia Carrera Pinto siente el peso emocional y económico que solo es aliviado en parte, por el gran apoyo de sus parientes y amigos cercanos que no los abandonan, e inician gestiones ante el gobierno para obtener una pensión

que alivie esa situación. Dos años después, en Agosto de 1862, fallece la matriarca de la familia, doña Javiera Carrera Verdugo, y se pierde uno de los pilares en la red de ayuda e influencias de los Carrera Pinto.

Finalmente, el 28 de Septiembre de 1864, las gestiones efectuadas por parientes y amigos, obtienen la ayuda oficial. El Presidente José Joaquín Pérez emite un Decreto Ley en el que se establece que: “considerando los grandes servicios prestados a la Patria por los generales Ignacio de la Carrera y Cuevas, José Miguel Carrera Verdugo, Juan José Carrera Verdugo y el coronel Luís Florentino Carrera Verdugo; se otorga a la viuda de don José Miguel Carrera Fontecilla y a sus hijas solteras, una pensión equivalente al montepío de General de Brigada” (4).

En esta encrucijada en la vida de Ignacio, hay dos versiones. Vicuña Mackenna y Nicanor Molinare sostienen que Carrera Pinto dejó sus estudios y se radicó en Mendoza por diez años, dedicándose al comercio de ganado. No obstante, en la moderna versión de don Julio Fernando Miranda, se afirma que en los registros del Instituto Nacional, Ignacio aparece cursando sus Humanidades como alumno de ese establecimiento, hasta el año 1867, cuando ya había cumplido los 19 años.

Sin descartar de plano las primeras versiones, el señor Miranda adelanta la tesis de que si esto sucedió, fue solo durante las vacaciones de verano, o con mucha posterioridad, en la vida adulta de Carrera.

Otro antecedente importante para establecer que Ignacio no vivió en Mendoza, es que en los registros del Cuerpo de Bomberos de Santiago, aparece presentando su solicitud de incorporación a la Primera Compañía de Bomberos, declarando ser estudiante, con fecha 6 de Abril de 1868 y recibiendo el registro de voluntario número 296.

Permaneció en esta institución de servicio público, hasta Marzo de 1870, fecha en que interrumpió su voluntariado. En Agosto del mismo año, aparece siendo reincorporado a la Compañía, y declara esta vez en la solicitud de reincorporación, tener la ocupación de empleado.

En 1871, siendo Intendente de Santiago don Benjamín Vicuña Mackenna, es incorporado como secretario

de dicha Intendencia y en 1872, integra la comisión encargada de organizar el programa de festividades cívicas del Mes de la Patria, tal como los establece el mismo Intendente en su “Álbum de las Glorias de Chile”, en la sección dedicada a nuestro personaje. Según conjetura Miranda Espinoza en su ya referido libro “I.C.P. - El Hèroe”; lo más probable es que Ignacio haya permanecido en ese puesto hasta 1875, año en que don Benjamín dejó su cargo de Intendente de Santiago.

Vicuña Mackenna no especifica la fecha en que Carrera dejó el cargo en dicha entidad. Solo afirma que después de hacerlo, Ignacio “*se consagró a varias tareas, prefiriendo las del campo*”. Según nuestras conjeturas, fue justamente entre 1876 y 1879, cuando éste se dedicó al comercio de ganado, trayendo arreos de vacunos desde Mendoza; y que posiblemente visitó esa ciudad por negocios en varias oportunidades, aunque lo más probable es que nunca se haya establecido definitivamente en ella.

El profundo sentido religioso y de servicio a la comunidad demostrado Carrera, a quien sus numerosos amigos apodaban cariñosamente “el Mocho”, justamente por esas virtudes, lo llevó a integrar una obra de beneficencia creada por el presbítero Blas Cañas, para “*niños huérfanos o desvalidos, de buena condición social, provenientes de familias venidas a menos*”. En esta obra, que perdura hasta nuestros días en el colegio del Patrocinio de San José, Ignacio actuó como prosecretario de un Directorio compuesto por altas personalidades del ambiente político y social de aquella época.

Dentro de estos ámbitos se desempeñó nuestro héroe hasta 1879, año en que se inició la guerra contra Bolivia y Perú. El 25 de Junio de 1879, Ignacio Carrera se presentó de voluntario para servir a la Patria como simple soldado raso, en el recientemente formado Regimiento Movilizado Esmeralda, donde muchos de sus amigos servían como oficiales. Por su educación y condición social, fue admitido con el grado de sargento, al estar ya completo el cuadro de la oficialidad. Se le asignó a la 2ª. Compañía del 2º. Batallón.

(1) Ramón Lira Calvo; abogado, parlamentario, Intendente de Santiago y Valparaíso y Ministro de Guerra (1870-1871).

- (2) *Josefa Carrera Fontecilla, hija del prócer, General José Miguel Carrera Verdugo y, por lo tanto, tía de Ignacio José.*
- (3) *Manuel Reyno Gutiérrez. Próceres de Chile. Ignacio Carrera Pinto. Santiago, Talleres de La Nación, 1985, p. 10.*
- (4) *Varas, José Antonio. "Recopilación de Leyes, Decretos Supremos y Circulares concernientes al Ejército, Enero de 1859 a Diciembre de 1865. Santiago, Imprenta de la Unión Americana, 1866, p.226. Este Decreto Supremo es publicado con la referencia que antecede, en el libro "Ignacio Carrera Pinto, el Héroe", de don Julio Fernando Miranda Espinoza, Edición Julio del 2011, Departamento Comunicacional del Ejército, Impreso en el Instituto Geográfico Militar.*

II – DE SARGENTO A TENIENTE

En Julio de 1879, el Esmeralda se traslada a San Felipe para proseguir ahí el intenso entrenamiento de los bisoños voluntarios, bajo la atenta mirada del legendario

coronel don Santiago Amengual, veterano de la guerra contra la Confederación Perú Boliviana y de las guerras de Arauco.

El 11 de Septiembre del mismo año, el coronel Amengual envía un oficio al gobierno solicitando el ascenso a subteniente del sargento Ignacio Carrera Pinto, para ocupar dicho cargo en la 2ª. Compañía del 2º. Batallón, por la vacancia dejada por separación del subteniente Miguel Urrutia.

El 21 de Septiembre de 1879, el regimiento se traslada a Valparaíso para ser embarcado en el transporte armado "Amazonas", rumbo a Antofagasta, ciudad donde permanece solo el tiempo suficiente para su desembarco, siendo trasladado inmediatamente al salar del Carmen, en pleno desierto de Atacama, donde el clima inclemente, con temperaturas que sobrepasan los 40 grados Celsius durante el día y bajo los 0 grados durante las gélidas noches.



El pueblito de La Concepción y los 77 héroes chilenos en los preparativos del combate. Cuadro realizado por el pintor chileno avencindado en España don Guillermo Santana.

Así fue como se templaron aquellos “pijes” del Esmeralda, entrenando 16 horas diarias en las tácticas de “guerrillas de combate”, esgrima de bayoneta, ejercicios de tiro y largas marchas de horas por el pedregoso desierto, con agua racionada; aunque siempre bajo la paternal pero severa supervisión del viejo coronel Amengual quien, al frente de sus hombres, daba el ejemplo de resistencia y valor.

Durante la campaña de Tarapacá, el regimiento Esmeralda permaneció de reserva, sin participar en el desembarco y toma de Pisagua, la batalla del cerro San

Francisco y aguada de Dolores y el ataque a la quebrada de Tarapacá; hitos históricos que abrieron las puertas de aquel rico territorio, y se le destinó a guarnecer la ciudad de Antofagasta y posteriormente, la de Iquique, que había sido abandonada por el ejército peruano.

Volvemos a encontrar al Esmeralda en la campaña de Tacna y Arica, formando parte de la I División chilena comandada por el coronel Amengual, la que junto con la II División del coronel Barceló, fueron las primeras fuerzas en atacar el flanco izquierdo de las posiciones enemigas. Hubo un momento en que ambas Divisiones

vieron su avance frenado por falta de municiones y sufrieron un feroz contraataque, contenido solo por una heroica y efectiva carga de los Granaderos del coronel Yavar y el oportuno avance de la III División del coronel Amunategui. Se reanudó el avance llegando hasta las mismas trincheras enemigas; momento en que se produjo el desbande del flanco izquierdo Perú Boliviano y poco tiempo después, la completa derrota del frente enemigo.

En esta acción, el subteniente Carrera Pinto fue citado en el parte de batalla del Esmeralda, como sigue: *“Mantuvo la fe de sus hombres en el triunfo final, y no obstante de haber sido herido por un proyectil enemigo, acompañó a sus soldados en el asalto postrero que los condujo hasta la misma ciudad de Tacna”* (5).

Habiéndose producido una vacante de teniente en el Regimiento Cívico Movilizado “Chacabuco”, el subteniente Carrera Pinto es propuesto para ese cargo. El



Monumento al Capitán Ignacio Carrera Pinto en la Alameda de Copiapó.

ascenso es confirmado por Decreto Presidencial de fecha 23 de Octubre de 1880, pasando Ignacio a dicha unidad que formaba parte de la 2ª. Brigada (coronel Amunátegui), de la 1ª. División. Ignacio fue asignado a la 4ª. Compañía del 1er. Batallón de su nuevo regimiento.

En la madrugada del 13 de Enero de 1881, la 1ª. División, ahora al mando del general Patricio Lynch, inició su marcha desde el campamento de Lurín, para atacar el flanco derecho enemigo, que incluía el inexpugnable Morro Solar. La batalla se inicia alrededor de las 07:00 horas y se avanza contra una tenaz resistencia peruana. A media mañana, en el “Chacabuco” comienzan a escasear las municiones, lo que les impide seguir avanzando. Carrera, oficial ayudante del comandante Domingo Toro Herrera, demuestra su valor y sangre fría bajo el fuego enemigo, llevando ese tan importante elemento de combate a sus hombres y el avance continúa.

Toro Herrera cae herido y cede el mando a su segundo, Belisario Zañartu que, poco después, es muerto por un proyectil enemigo. El mando del regimiento pasa al mayor Quintavalla. Alrededor de las 15:00 horas, la 1ª. División ha logrado el objetivo y en el Morro Solar, ondea la bandera de Chile. Nueve horas de combate costaron al regimiento “Chacabuco” 377 bajas, entre muertos y heridos. Diecinueve Jefes y oficiales, incluyendo al teniente Carrera Pinto, que fue nuevamente herido durante el combate, se contaban entre las bajas de ese día.

En el parte de la batalla, el comandante Toro Herrera escribe: *“Merecen una mención muy especial mis ayudantes, los tenientes Marcos Serrano e Ignacio Carrera y el subteniente Pérez Canto, por su serenidad y admirable valor a toda prueba”* (6).

Convaleciente de su herida y habiendo ya cumplido con su deber con la Patria, se le concede a Ignacio la licencia definitiva y es embarcado de regreso a Chile, donde completará su restablecimiento.

(5) *Estado Mayor General del Ejército. “Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile”*. p. 228.

(6) *Pascual Ahumada. Op cit. Tomo IV. P. 435.*

III – NUEVAMENTE EN CAMPAÑA

La batalla de Miraflores y la ocupación de Lima por el ejército chileno, marcan el fin de la guerra propiamente tal. El grueso de las fuerzas regresan triunfalmente a Chile, dejando una pequeña División de alrededor de 2500 hombres, para mantener el orden mientras se forma un gobierno en el Perú con quien negociar la paz. Al mando de esas tropas queda el general don Patricio Lynch Solo de Zaldívar.

El precario gobierno de García Calderón es disuelto al ser sorprendido conspirando contra los intereses de Chile, con una potencia extranjera. Al mismo tiempo, el coronel don Andrés Avelino Cáceres se refugia en la sierra central peruana y organiza la resistencia en contra de la ocupación chilena, creando montoneras y guerrillas indias, a las cuales se van uniendo oficiales y tropas que se habían dispersado después de las derrotas de Chorrillos y Miraflores. Cáceres llega a comandar una fuerza superior a 3000 hombres e inicia una violenta campaña de hostigamiento en contra de las tropas de ocupación.

El gobierno chileno se ve obligado a reforzar a Lynch y con este propósito, envía nuevas unidades de combate, entre las que se cuenta el regimiento “Chacabuco”, que vuelve a ser movilizado y que en Mayo de 1881, se convierte en el 6º. Regimiento de Línea del ejército de Chile. Asume el mando de esta unidad, el coronel don Marcial Pinto Agüero, distinguido oficial de carrera.

Al saber que su unidad entrará en campaña, Ignacio Carrera, ya repuesto de su herida, se presenta nuevamente de voluntario y reasume su puesto, ahora ya como teniente graduado.

IV – “SI NO VUELVO, POR LO MENOS MI CORAZÓN REGRESARÁ A CHILE”

Esta frase, pronunciada por Ignacio Carrera Pinto durante un brindis en la cena de despedida que su familia organizó antes de su segunda partida al Perú, resultaría ser profética.

Mientras tanto, en Lima, Patricio Lynch envía varias expediciones para capturar a Cáceres, pero el escurridizo

Jefe peruano logra eludirlos y hacerse cada vez más poderoso en su bastión serrano.

Lynch envía una nueva expedición, mejor armada y avituallada, al mando del coronel José Francisco Gana, quien será reemplazado posteriormente en el mando por el coronel Estanislao del Canto. Esta fuerza ocupa la totalidad del valle del río Mantaro; desde Cerro Pasco por el Norte, hasta Marcavalle por el Sur; estableciendo su cuartel general en la ciudad de Huancayo, más o menos al centro del valle; y dejando pequeñas guarniciones en las ciudades y pueblos más importantes, las que logran rechazar varios ataques del enemigo.

Por su parte, Cáceres había iniciado con anterioridad una táctica de “tierra arrasada” que dificultó enormemente la manutención de la División chilena en el terreno. Por otra parte, las extensas líneas de comunicación con Lima y el constante ataque de los montoneros a dichas vías, impidieron un eficiente avituallamiento de las tropas en campaña. Sumado a lo anterior, las epidemias de cólera, tifus y viruela, comenzaron a diezmar el contingente chileno que, en algunos momentos, llegó a sufrir bajas superiores al 15% de sus efectivos.

Después de varios meses soportando esta situación, Del Canto solicita a Lima el permiso para regresar con la División a esa ciudad, el cual es concedido por el general Lynch y teleografiado por el coronel Gana sin utilizar el código cifrado del ejército. El telegrama es interceptado por Cáceres, quien se prepara para tomar la ofensiva y copar a las fuerzas chilenas dentro del valle, impidiendo su retirada y procediendo luego a su total aniquilamiento.

Bajo estas condiciones se produce el ataque de la División Vanguardia, comandada por el coronel Juan Gastó, al pueblo de La Concepción; lugar donde los 77 integrantes de la 4ª. Compañía del regimiento Chacabuco, al frente de quienes se encontraba el teniente Ignacio Carrera Pinto, fueron exterminados después de una lucha titánica y desigual; resistencia que duró casi un día entero peleando contra fuerzas regulares e irregulares, que superaban los 3600 efectivos. Carrera, de 33 años de edad al momento de morir, no alcanzó a ser notificado que su ascenso

al grado de capitán había sido confirmado pocos días antes del combate que costó la vida a él y a sus hombres.

V – CONCLUSIÓN

El resultado estratégico del combate de La Concepción se ve reflejado en que la furiosa y heroica resistencia opuesta por la 4ª. Compañía del regimiento Chacabuco, 6º. de Línea; desbarató los planes ofensivos de Cáceres, al perder su División Vanguardia casi un tercio de sus efectivos, afectando su moral, y retardó el avance de las otras dos divisiones peruanas; permitiendo así la retirada del coronel Del Canto que se veía impedido por el lento desplazamiento del tren de camillas que conducían a los más de 500 heridos y enfermos de la División.

Como hemos dicho al comienzo, al llegar a La Concepción el resto de los combatientes chilenos y ver los cuerpos masacrados de los 77 héroes; el dolor y la furia se apoderó de todo el ejército y dio nuevos bríos para proseguir la marcha y evitar el cerco planeado por el enemigo.

Por orden superior y ante la imposibilidad de conservar los cuerpos de los caídos; médicos militares extrajeron los corazones de los cuatro oficiales, los que conservados en frascos de vidrio llenos de formol, fueron repatriados y hoy descansan en un hermoso monumento de mármol, en la iglesia Catedral de Santiago de Chile.

Ellos son los corazones del capitán Ignacio Carrera Pinto y de los subtenientes Julio Montt Salamanca (de 19 años), Arturo Pérez Canto (de 19 años) y Luis Cruz Martínez (de 18 años). Este fue el último oficial sobreviviente en esa trágica mañana del **10 de Julio de 1882** y que como un león acosado, prefirió morir luchando con sus hombres, a aceptar la rendición que se le intimaba.

Curiosamente, como si el destino quisiera castigar las atrocidades cometidas en La Concepción; justamente un año después, **el 10 de Julio de 1883**, el coronel Alejandro Gorostiaga, al frente de sus 1540 hombres de las tres armas, propinaría una aplastante y definitiva derrota al general Cáceres, quien se salvó solo gracias a

la rapidez de su caballo.

El Ejército del Centro dejó de existir ese día, para nunca más volver a recuperarse. Los chilenos no dieron cuartel y sobre el pueblo de Huamachuco y en los campos y cerros que lo rodean, quedaron tendidos más de 800 cadáveres del extinto ejército del “Brujo de los Andes”, como llamaban al general Cáceres sus compatriotas.

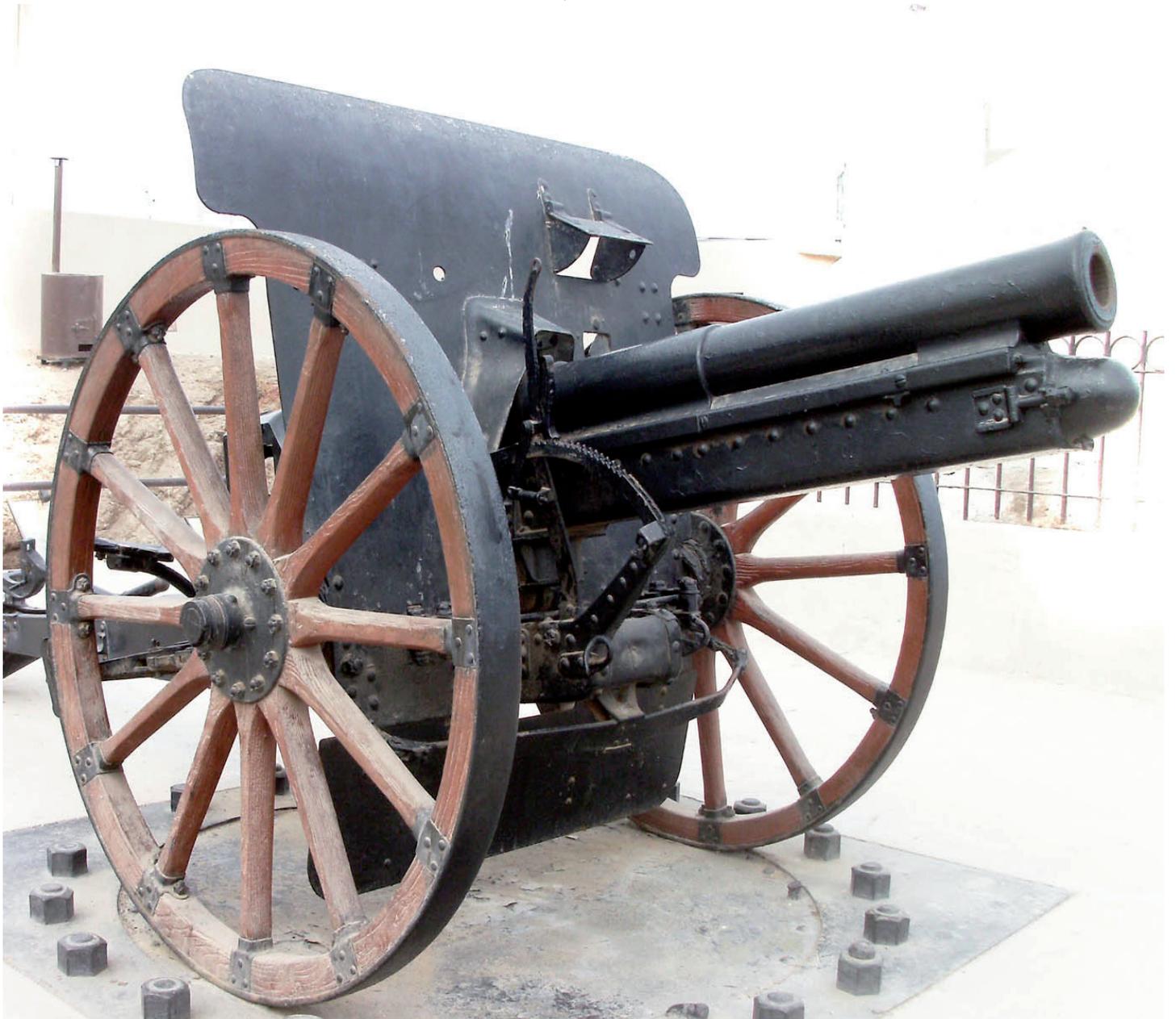
El cese de las hostilidades y el retiro de las fuerzas chilenas del Perú, se firmó al año siguiente bajo el gobierno formado por el general Miguel Iglesias, héroe de la defensa del Morro Solar en la batalla de Chorrillos;

y la paz definitiva se consolidó años después, con el Tratado de Paz y Amistad de 1929.

Bibliografía:

- Miranda Espinoza, Julio Fernando. “Ignacio Carrera Pinto, el Héroe”. Departamento de Comunicaciones del Ejército. Impreso en el Instituto Geográfico Militar.

- Molinare, Nicanor. Combate de La Concepción. Testimonio publicado en 1912, Transcripción de Mauricio Pelayo González y Rafael Mellafe Maturana.



LOS CORAZONES DE LA CONCEPCIÓN

Por Jorge Andrés Pomar R.

Introducción

Escribir del Combate de la Concepción, es escribir desde los sentimientos más profundos del valor y el compromiso, desde el amor por la patria y el recuerdo imborrable de setenta y siete jóvenes que decidieron entregar su existencia, antes de ver en vida mancillada la honra de la nación.

En toda gesta heroica hay personajes anónimos, que desde su silencio aportan a la grandeza, pero también los hay protagonistas, a los cuales los toma la Historia para el regocijo popular y público.

Para nadie es un misterio que los hermanos Carrera, soñaron antes que nadie con un Chile nuevo y libre, lejos de las injusticias y opresión que dominó el fin del periodo colonial y que se intensificó a modo de revancha y amedrentamiento durante la llamada “Reconquista Española”. Lejos de amilantar, esto terminó provocando que la semilla de la independencia que José Miguel sembró con tanto esmero entre los criollos, creciera en fuerza, espíritu y sobre todo en número, convirtiéndose él y su familia, hasta nuestros días, en un icono de esperanza libertaria.

Un dicho popular afirma que la *sangre tira*, haciendo referencia a que uno no puede desconocer a quien lleva su misma estirpe y comparte su historia, más aun

cuando es una llena de voluntad y arrojo como la de los Carrera. Ignacio Carrera Pinto, hijo de José Miguel Carrera Fontecilla, y nieto de José Miguel Carrera Verdugo, guardaba en su ADN el atrevimiento de un pueblo completo.

Desde niños, nuestros padres, colegios y libros, nos han contado acerca de la hazaña de los setenta y siete de la Concepción, los nombres de Ignacio Carrera Pinto, Arturo Pérez Canto, Julio Montt Salamanca y Luis Cruz Martínez, los escuchamos varias veces en aniversarios, clases y discursos; ¿Cómo fue posible enfrentar a dos mil y más peruanos? Me acuerdo de la Batalla de las Termopilas, entre griegos y persas, y también de los uruguayos y brasileños para el “Maracanazo”. Y es que de vez en cuando los hombres se superan a sí mismos. Sabemos acerca del Combate, pero pocas referencias hay a lo que sucede luego, para que finalmente los corazones de nuestros oficiales descansan hoy a un costado de la entrada norte de la Catedral de Santiago.

Los jóvenes cozarones

Para ser estrictos con la historiografía tradicional, diremos que el Combate de la Concepción, 9 y 10 de julio de 1882, se enmarca dentro de la llamada “Campaña Terrestre”, en su etapa de “Campaña de la Sierra”, cerca de la ciudad de Huancayo en Perú. A modo de contextualización, el Ejército de Chile y sus



fuerzas de ocupación dirigidas por Patricio Lynch, se veían constantemente asediadas por ataques de la guerrilla peruana, que se habían diseminado por la sierra y congregaban campesinos e indígenas; como una manera de combatirlos es que Lynch enviaba compañías expedicionarias a pacificar la alterada zona.

El 9 de julio el capitán Ignacio Carrera Pinto se encontraba cumpliendo órdenes en el poblado de la Concepción, incluyéndole eran 4 oficiales, setenta y tres soldados y tres mujeres (quienes habrán sido compañeras de alguno de los soldados, una de ellas al parecer iba con su hijo pequeño, y otra tenía un avanzado embarazo) quienes lo acompañaban, muchos de ellos enfermos de tifus y cólera, ambas enfermedades muy comunes dada las condiciones de la guerra y de la sierra peruana.

Cerca de las 14:30 hrs. aparecieron las fuerzas peruanas por los cerros Piedra Parada y el León, la emboscada que se venía preparando hace días, y el gran número de los oponentes, hacía imposible el salir del poblado; paralelamente Ignacio Carrea Pinto, recibe la ya famosa petición para la rendición de las fuerzas chilenas de parte del Coronel Gastó:

“Señor Jefe de las fuerzas chilenas de ocupación

Considerando que nuestras fuerzas que rodean Concepción son numéricamente superiores a las de su mando y deseando evitar un enfrentamiento imposible de sostener por parte de ustedes, les intimo a deponer las armas en forma incondicional, prometiéndole el respeto a la vida de sus oficiales y soldados. En caso de negativa de parte de ustedes, las fuerzas bajo mi mando procederán con la mayor energía a cumplir con su deber. Dios guarde a usted.

Juan Gastó”.

El héroe chileno respondió cordialmente, pero haciendo notar su impronta *carrerina*:

“En la capital de Chile y en uno de sus principales paseos públicos existe inmortalizada en bronce la estatua del prócer de nuestra independencia, el general José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por mis venas, por cuya razón comprenderá usted que ni como chileno ni como descendiente de aquél deben intimidarme ni el número de sus tropas ni las amenazas de rigor. Dios guarde a usted.

Ignacio Carrera Pinto”.

Con treinta y un años, Carrera había sellado su destino, no se rendiría y esperaría en cambio los refuerzos desde la localidad próxima de Huancayo, en donde se encontraba el Coronel del Canto con el grueso de los hombres. Parapetados en la plaza a la espera de auxilio, conforme pasaba el tiempo aumentaban las bajas y la cantidad de adversarios que se sumaban al ataque contra los chilenos. A las 19:00 hrs. hubo un intento desesperado por romper el cerco peruano, pero la operación terminó por hacer retroceder a los chilenos hasta el cuartel.

Al anochecer hubo otra búsqueda por salir, pero lo único que se consiguió fue que Ignacio Carrera Pinto fuese herido en un brazo, aquello no importó, una vez curada la herida y puesto su brazo en cabestrillo, retomó el mando de sus tropas. Los chilenos debían seguir replegados en el convento acondicionado como cuartel. Los peruanos comenzaron a incendiar los techos del lugar para obligar a salir a los chilenos, quienes respondían con las balas que quedaran. Entre la lucha y el fuego es que deciden tratar una vez más, al parecer para refugiarse en una casa vecina que contaba con un mejor perímetro de defensa, pero antes que ocurriese vino una carga peruana



que tuvo una resistencia feroz, no obstante se llevó a la inmortalidad a Ignacio Carrera Pinto. El mando cayó en Montt, quien apenas superaba los veinte años.

Al amanecer del 10 de julio, sólo quedaban cuatro soldados bajo las ordenes de Cruz Martínez, quien con diez y seis años, tenía muy claro cuál era su deber, y así

se lo hizo saber cuándo una vez más lo convidaron a la rendición: “¡Los chilenos no se rinden jamás!”.

Ya no quedaban balas, pero sobran las ganas de demostrar el estoicismo del soldado chileno, por lo que se dispusieron a la carga final, en ella sus cuerpos fueron ensartados y mutilados por las lanzas y machetes de los indígenas, tampoco se salvaron mujeres ni niños; a continuación vino uno de los episodios más grotescos de la guerra, cuando los cuerpos de los chilenos fueron descuartizados en cientos de pedazos que fueron arrojados de un lado a otro, y levantados en señal de triunfo.

Al medio día llegó la tropa chilena desde Huancayo, y no podía dar crédito a tal escenario brutal y dantesco. Fue imposible el poder reconstruir los cuerpos de los oficiales chilenos, por lo que se optó por rescatar sus corazones y trasladarlos en un frasco con alcohol. Mientras todo lo demás fue depositado en una zanja atrás de la Iglesia, la cual fue luego incendiada.

Los corazones vuelven a Chile

Los corazones de los noveles héroes, fueron trasladados hasta la capital Lima, en esa ciudad hubo una misa en la Iglesia de Santo Domingo para las honras fúnebres, en ella aparecieron las más destacadas personalidades chilenas del lugar, y muchos compatriotas avecindados allí y en el Callao. Los restos estuvieron en la urbe peruana hasta marzo de 1883. Luego de aquello fueron trasladados a Santiago bajo fuertes medidas de seguridad y recibidos con grandes honores para ser depositados en la Iglesia de la Gratitude Nacional (en Alameda con calle Ricardo Cummings), en donde también se velaron a muchos combatientes de la Guerra del Pacífico. Precisamente ahí, en el barrio de la Cañada, concurría mucha gente para honrar los restos de los malogrados



oficiales. Entonces el Ejército en 1900 prefirió reclamar las preciadas reliquias, y fueron llevadas a un Museo Militar, el cual se encontraba al lado del cuartel de artillería.

Un grupo de veteranos de la Guerra, comenzó una cruzada en 1911 para que los restos descansaran en la Catedral de Santiago, aquello se hizo en un pedido formal al Arzobispo Juan Ignacio González Eyzaguirre

y al Ministerio de la Guerra, para que la Iglesia se hiciera cargo de la custodia. Durante Junio se hizo el monumento, y cerca de un mes más tarde, el 9 de julio, en una ceremonia imponente, encabezada por el Presidente Ramón Barros Luco, los corazones fueron colocados en el lugar que ocupan hasta el día de hoy. En el epitafio se puede leer:

“Aquí, en el primer templo de Chile y a la vista del Dios de los Ejércitos, para perpetuo ejemplo de patriotismo se guardan los corazones de Ignacio Carrera Pinto, Julio Montt Salamanca, Arturo Pérez Canto y Luis Cruz Martínez”.

Desde 1939 a la fecha, el 9 de julio se efectúa el juramento a la Bandera, momento en que los jóvenes chilenos que han ingresado al Ejército se comprometen a defender a la patria de la misma manera en que lo hicieran los setenta y siete de la Concepción. El juramento dice así:

*Juro,
por Dios y por esta bandera,
servir fielmente a mi patria,
ya sea en mar, en tierra o en cualquier lugar;
hasta rendir la vida si fuese necesario,
cumplir con mis deberes y obligaciones militares
conforme a las leyes y reglamentos vigentes,
obedecer con prontitud y puntualidad
las órdenes de mis superiores,
y poner todo mi empeño en ser
un soldado valiente, honrado y amante de mi patria.*

Si pasa nuevamente por la Catedral de Santiago, al entrar deténgase un momento, mire hacia su derecha, y salude a quienes dieron la vida por el orgullo de Chile.

Jorge Andrés Pomar R., septiembre 2013.